

UNA PROPUESTA TEÓRICO-METODOLÓGICA PARA EL ESTUDIO DE LA VIOLENCIA EN LOS ANDES PREHISPÁNICOS: EL CASO MOCHE

A THEORETICAL-METHODOLOGICAL PROPOSAL FOR THE STUDY OF THE VIOLENCE IN THE PREHISPANIC ANDES: THE MOCHE CASE

Henry Tantaleán

Escuela Profesional de Arqueología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
htantaleany@unmsm.edu.pe

Alex Gonzales-Panta

Universidad Autónoma de Barcelona, España
Profesor invitado en la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco. a.gonzales.panta@gmail.com

Recibido: 02-XI-2022; aceptado: 24-XI-2022; publicado online: 23-XII-2022

Resumen

En este artículo presentamos una propuesta teórico-metodológica para la investigación de la violencia en los Andes prehispánicos. Para hacer operativa esta propuesta, presentamos y evaluamos los datos arqueológicos existentes para la sociedad prehispánica de la costa norte conocida en la literatura arqueológica como Moche (*circa* 100-850 d.C.). Finalizamos este artículo planteando una serie de cuestiones vinculadas con el estudio de la violencia pasada y sus implicancias en nuestro presente.

Palabras Clave: Propuesta teórico-metodológica, violencia, conflicto, Moche, Andes prehispánicos, Perú.

Abstract

In this article we present a theoretical-methodological proposal for the investigation of violence in the pre-Hispanic Andes. To make operational this proposal, we show and evaluate the existing archaeological data of the pre-Hispanic society of the northern Peruvian coast known in the archaeological literature as Moche (*circa* 100-850 AD). Finally, we raise a series of topics related to the study of past violence and its implications in our present.

Keywords: Theoretical-methodological proposal, Violence, conflict, Moche, prehispanic Andes, Peru.

Citación: Tantaleán, H. y A. Gonzales-Panta. 2022. Una propuesta teórico-metodológica para el estudio de la violencia en los andes prehispánicos: el caso Moche. Quingnam, volumen 8: 51-81. DOI: <http://doi.org/10.22497/quingnam.08.0803>

1. Introducción

Hasta hace pocas décadas, Latinoamérica fue azotada por una serie de dictaduras, guerrillas y grupos subversivos. Con la caída, desactivación y/o captura de aquellas expresiones sociales, se iniciaban supuestas etapas democráticas y no violentas.¹ Sin embargo, la realidad es otra. Bajo el paraguas de los denominados “gobiernos democráticos” este supuesto momento de progreso “pacífico” no ha hecho más que ocultar otro tipo de relaciones sociales violentas que tienen lugar en todo el continente, donde los pobres, las comunidades indígenas, inmigrantes, mujeres y niños siguen siendo las víctimas más recurrentes (Amnistía Internacional, 2014). Las formas que adquieren estas violencias son diferentes y más “sutiles”: sobretrabajo, precariedad laboral, violencia de género, marginación, xenofobia, corrupción, desfalco, despojo, destrucción de territorios, inseguridad ciudadana, criminalidad, entre otras. A pesar de la proclamada democracia, libertad y respeto de los derechos humanos en nuestros países, muchas de estas formas de violencia son amparadas, incluso, por políticas públicas y económicas diseñadas y/o promovidas por élites políticas, económicas y hasta religiosas de cada país.² Desde una perspectiva social, estas formas de violencia encuentran legitimidad en algunas elaboraciones académicas, entre ellas las ciencias sociales, las cuales presentan “verdades” científicas que sirven para validar u ocultar las violencias contemporáneas. No obstante, también en los últimos años se ha incrementado la investigación de la violencia, sobre todo desde los estudios antropológi-

cos y sociológicos (Cotler y Cuenca (eds.), 2011; Klaren, 2003; Manrique, 2002; Solís y Mariconi, 2018, entre otros). En arqueología esta preocupación empieza a verse materializada en algunos volúmenes específicos (Keeley, 1996; Walker, 2001; Arkush y Allen, 2006; Nielsen y Walker, 2009, López Mazz y Berón, 2014; Landa y Hernández 2014; entre otros). En este escenario cabe preguntarse ¿por qué es importante realizar una investigación de la violencia desde la arqueología?

La arqueología es el estudio de las sociedades y su historia, incluida la violencia. La violencia es un fenómeno universal que ha impactado profundamente, condicionando y hasta cancelando, la vida social de los seres humanos. La singularidad y la potencia de la arqueología radica en que se aproxima a este y otros fenómenos a partir de los objetos materiales: causa y consecuencia (productos y productores) de toda práctica social. Debido a este proceso dialéctico, el estudio de los objetos permite acercarnos a las relaciones sociales sin intermediarios orales y/o escritos. Por tanto, la investigación arqueológica se nos ofrece como más transparente que las fuentes históricas, las cuales pueden contener sesgos o parcializaciones. Creemos que un estudio de estas características permite conocer el pasado en su plenitud, sin reducirlo a representaciones de modelos teóricos actualistas, cargados de ideologías en la mayoría de los casos. En nuestro caso, para alcanzar tales objetivos de investigación nos ubicamos teórica y metodológicamente dentro de una posición materialista histórica, una tradición arqueológica fundamentada en los escri-

1 Una de las más recientes es el acuerdo de paz alcanzado por las FARC-PC y el gobierno colombiano. A pesar de ello, muchos de los exguerrilleros vienen siendo asesinados por grupos paramilitares. https://www.eldiario.es/politica/partido-FARC-asesinato-excombatiente-guerrilla_0_907460209.html

2 Las formas más recurrentes de esta actuación son los denominados “lobbies”, “puertas giratorias” y sobornos. Estas han sido documentadas en diferentes investigaciones periodísticas y académicas. Para el caso peruano/sudamericano se pueden revisar: <https://ojo-publico.com/tag/odebrecht> y Crabtree y Durand, 2017.

tos marxistas clásicos y posteriores y que en la arqueología se puede rastrear claramente desde los trabajos de Gordon Childe en adelante.

Sin embargo, cabe preguntarse ¿Por qué proponer la utilidad del materialismo histórico para estudiar y explicar la violencia? Creemos que los elementos teóricos y metodológicos provenientes del materialismo histórico son significativos en esta investigación, pues, señalan que las personas, su producción y reproducción son la base para cualquier desarrollo explicativo social (material e ideal). Además, porque el materialismo histórico entiende que el conocimiento no es un fin en sí mismo, sino que se trata de una herramienta (entre otras) para la comprensión humana, de crítica, denuncia y de transformación social (Marx, [1845]1975).

De este modo, la perspectiva materialista histórica desde la cual abordamos este estudio arqueológico nos permite responder y/o problematizar la discusión de la violencia en tres temas generales: 1) Para negar la esencialidad de la que parten algunas explicaciones arqueológicas, sean esencialismos de corte biológico, religioso y/o cultural; 2) Para ver en qué medida la presencia de la violencia está relacionada con las formas de organización política y económica de cada situación histórica; y 3) Para develar los mecanismos, sobre todo ideológicos, que la niegan, alienan u ocultan. Por todo lo anterior, observar cuándo y cómo se dieron los episodios de violencia, a quiénes beneficiaron, quiénes la padecieron y cómo pudieron superar dichas situaciones, si es que realmente lo hicieron; puede ayudar a comprender mejor el fenómeno de la violencia y actuar en consecuencia.

Así, en este trabajo también creemos relevante dar cuenta de lo problemático que resultan ciertas propuestas existentes para evaluar e investigar la violencia del pasado andino. Principalmente detectamos una serie de contradicciones entre las propuestas explicativas y la materialidad social del pasado. Para superar en parte dichas contradicciones, exponemos las posibles vías de investigación teórico-metodológicas sobre la base de los mismos materiales arqueológicos. Con el fin de operacionalizar nuestra propuesta teórica-metodológica, presentamos una aproximación a la investigación de la violencia sobre la base de la materialidad arqueológica del fenómeno social conocido en la literatura arqueológica como Moche (*circa* 100-850 d.C.). Planteamos, al final, una serie de hipótesis que sirvan para futuras líneas de trabajo.

2. Las Investigaciones Arqueológicas Sobre la Violencia en los Andes Centrales Prehispánicos

La investigación de la violencia en los Andes Centrales ha intentado explicar las evidencias del pasado desde modelos políticos, sociológicos y antropológicos, contruidos a partir de registros etnohistóricos y etnográficos (Carneiro, 1970; Topic y Topic, 1997; Ghezzi, 2007, entre otros)³. Sin embargo, dichas investigaciones, muchas veces, contienen premisas ideológicas, económicas y políticas provenientes de la filosofía y la economía liberal y neoliberal⁴. Estas explicaciones arqueológicas sitúan la práctica de la violencia en ideas ahistóricas que discurren entre esencialismos humanos y andinos. Estos esencialismos pueden ser rastreados desde dos itinerarios diferentes.

3 Para una crítica de estos modelos desde la antropología, en el caso de la guerra ritual en el Perú, ver Remy, 1991.

4 Para una revisión general, ver Lull y Micó, 2007.

El primer itinerario, el de un esencialismo humano, proviene de los planteamientos de un supuesto “estado de naturaleza”, donde la competencia entre humanos dio origen a una entidad política que garantizase el orden entre individuos, a saber, el Estado (Hobbes, [1651]2005). Así, la violencia en el pasado andino se explica a partir de la competencia por la escasez de recursos, causado por diferentes elementos: falta de suelos para el cultivo, crecimiento demográfico, una catástrofe medioambiental, etc. Algunos ejemplos son los trabajos de Carneiro (1970), Pozorski (1988), Wilson (1988), entre otros. Dichas propuestas sitúan al individualismo y a la competencia como formas necesarias para la supervivencia social, el orden y el progreso humano. Podemos asociar estas propuestas a principios similares a los que operan en el capitalismo y el neoliberalismo.

El segundo itinerario, un esencialismo cultural andino, hunde sus orígenes en el romanticismo del siglo XIX⁵. Dicho romanticismo se refuerza, posteriormente, sobre la base de trabajos realizados por etnógrafos y antropólogos durante el siglo XX como Marcel Mauss ([1925]2010) o Karl Polanyi ([1944]1991). Si bien, ambos autores reconocieron las formas económicas originales de ciertos grupos humanos precapitalistas o no capitalistas, sus escritos también terminaron siendo insumo para visiones románticas o idílicas de dichos grupos humanos. Se puede vincular algunos aspectos del Indigenismo practicado por Julio C. Tello y otros antropó-

logos con el romanticismo. Sin embargo, serán las propuestas de John Murra (1972; 1975) como la singularidad de la organización económica y las relaciones sociales andinas, inspiradas en las propuestas de Polanyi, las que serán utilizadas libremente por otros investigadores para generar una visión particularista del mundo andino (“Lo Andino”). En ese mismo sentido, una historia particular de las diferentes expresiones de violencia en las sociedades andinas terminaría en su negación o valoración positiva. De este modo, las evidencias que podrían indicar episodios de violencia son interpretadas como la materialización de una “cosmovisión”, donde ser sacrificado (asesinado) era un “honor” y un “privilegio”, pues permitiría la reproducción, el orden y supervivencia social⁶. Ambos itinerarios de explicación de la violencia conviven hasta la actualidad, pero con un claro y gran repunte de las explicaciones positivas, espirituales y religiosas (Hocquenghem, 1987; Topic y Topic, 1997; Ghezzi, 2007)⁷.

Esta ajustada síntesis, por supuesto, no es exhaustiva ni pretende deslegitimar o menospreciar los trabajos que se han desarrollado en los Andes prehispánicos bajo tales premisas. Resulta, más bien, una manera de señalar críticamente que la mayoría de los modelos de explicación encuentran sus premisas fundamentales en supuestos culturales, económicos y políticos, la mayoría de las veces ideológicos. Operar de esta manera condiciona las posibilidades de conocimiento, sugiriendo que todas las formas de expresión que las

5 El romanticismo es un “movimiento” que intenta hacer frente a la Ilustración y sus objetivos racionalistas universales, colocando en el foco de atención las particularidades culturales. Para una discusión, ver Berlín, 2015.

6 Por lo general, y especialmente en el caso Moche, cuando se habla de sacrificios, es el de hombres (guerreros) los que ayudan al orden medioambiental, cosmogónico y social. Mientras que el sacrificio de mujeres está vinculado a su papel como acompañantes o servidoras de grandes señores y, en pocas ocasiones, de señoras. Son evidentes las premisas ideológicas que subyacen bajo esta idea.

7 Una discusión sobre ambas perspectivas en Quilter, 2002 y Arkush, 2012.



Figura 1: Ubicación de los principales sitios Moche mencionados en el texto.

sociedades humanas puedan alcanzar se limitan a unas cuantas ya conocidas en la actualidad. Peor aún, tales propuestas sugieren la existencia de un espíritu, ya sea un *ser* humano universal o, específicamente un *ethos* andino trascendental, ante el cual poco o nada podemos hacer para cuestionar y/o comprender de manera histórica.

Por el contrario, nosotros creemos que no se debe naturalizar la violencia del presente, consecuencia (de entre otros fenómenos) del capitalismo, en el registro material del pasado. Asimismo, su negación tampoco debe buscarse en ideas culturales inmutables supuestamente generadas en un territorio particular. Por tanto, consideramos necesario discutir la violencia desde la situación histórica en las que estas prácticas tuvieron lugar, y reconocer su papel en las relaciones sociales, económicas y políticas, del pasado andino. A continuación, señalamos cómo podría emprenderse el camino hacia esta investigación.

3. Una Investigación Materialista Histórica de la Violencia

Como hemos señalado líneas arriba, las maneras más recurrentes de explicar los indicios que sugieren prácticas violentas en el pasado andino responden a esencias humanas y andinas. A diferencia de aquellos, creemos que la práctica de la violencia responde a situaciones históricas concretas. Por ello, su investigación debe situarse en cada momento histórico. Estos fenómenos sociales tienen que ser explicados con relación a las condiciones objetivas y subjetivas en las que acontecen.

A partir del materialismo histórico planteado por Karl Marx y Friedrich Engels⁸ comprendemos que la vida social y su materialización en diferentes formas de organización y relaciones sociales, económicas y políticas son históricamente constituidas y no responden a esencias (ideas) inmutables:

“El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia” (Marx, [1859]1970, p. 37)

Esta premisa se demuestra empíricamente desde el hecho primario básico que, para pensar y tener conciencia hay que estar vivo, y que solo se puede vivir material y socialmente. Esta dialéctica de la vida humana es la condición necesaria para cualquier desarrollo/proceso histórico.⁹ Las formas de cómo se produce, condiciona las relaciones sociales. A causa de diferentes modos de producir, las relaciones involucran una variedad de intereses que, en algunas ocasiones, entran en contradicción dentro de la comunidad productiva o entre diferentes comunidades. Estas contradicciones sociales se resuelven desde la política, por la negociación y el consenso; o se resuelven mediante el uso de la fuerza, la coerción. Esta última puede derivar en conflictos si es que los que padecen la violencia oponen resistencia. La represión es un mecanismo para garantizar que un conflicto no estalle, y se puede ejercer física o ideológicamente. La represión puede alcanzar niveles imperceptibles, inclu-

8 Desarrollado principalmente en “*La Ideología Alemana*” (Marx y Engels, [1846]1970), “*Las formas que proceden al modo de producción capitalista*” (Marx y Hobsbawm, [1964]1979) y “*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*” (Marx, [1857-58]1971), especialmente en su introducción.

9 Existen lugares comunes de crítica al materialismo histórico por ser supuestamente mecanicista y por su énfasis en lo económico (para una revisión de dichas críticas comunes, ver Eagleton, 2015). No es este el lugar para extendernos en este tema, pero para una revisión más profunda desde la arqueología ver Lull, 2005.

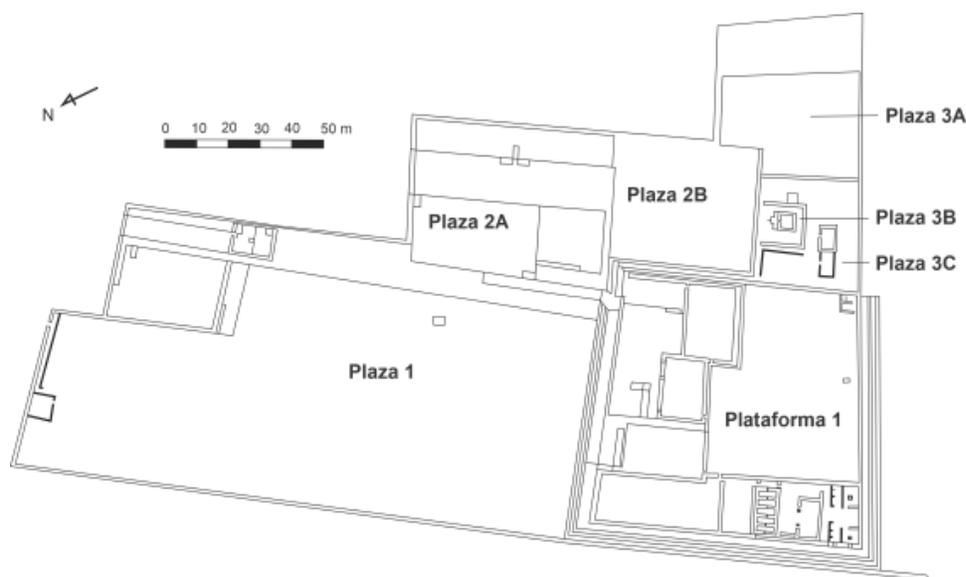


Figura 2: Plano de Huaca de la Luna, redibujado a partir de Shimada et al. 2006.

so para aquellas y aquellos que padecen la violencia. Este entramado social queda impreso en toda la materialidad producida o utilizada en el devenir social, sin importar que su materialización sea consecuencia o no de un acto voluntario. En consecuencia, la investigación de la violencia desde una perspectiva materialista histórica debe ampararse en esta realidad objetiva, material y concreta:¹⁰ los objetos.

Ahora bien, mucha de la discusión sobre la violencia en los Andes prehispánicos supone un debate muy puntual que puede expresarse en la siguiente pregunta ¿Por qué señalar algunas prácticas del pasado como violentas a partir de aquellas que consideramos violentas en la actualidad? La pregunta (de orden epistemológico) es pertinente, pero la respuesta debe ampararse en la operatividad del concepto (ontológico). Todo concepto o categoría

que utilizamos para capturar alguna relación social es teórica y cobra realidad en la práctica investigadora, se fundamenta en los correlatos materiales que ésta supone y a partir de las cuales cobra sentido y pertinencia. En ese sentido, concebimos a la violencia como una forma de relación humana, que se produce y reproduce con relación a los desarrollos productivos de cada situación histórica. Por tanto, los niveles de violencia no son abstracciones de alguna entidad metafísica aún por descubrir, están vinculadas a las formas en que se organiza la producción y las relaciones sociales que aquella posibilita. No negamos que puedan existir diferentes detonantes para episodios de violencia (religiosos, culturales, políticos, etc.). Sin embargo, estas solo serán posibles sobre la base *de* y por medio *de* condiciones materiales existentes.

¹⁰ Entendemos por realidad objetiva a la relación del ser humano (mujeres y hombres), el medio natural y los objetos producidos. Estos tres campos objetivos (humanos, naturaleza y objetos) en intenso y constante movimiento dialéctico, producen consecuencias objetivas y subjetivas, que es posible rastrear desde los correlatos materiales que generan en su “devenir” histórico.

Así pues, para que se genere (produzca) una relación social de violencia, tiene que existir como mínimo dos individuos o colectivos: uno que ejerza la violencia y otro que la padezca. Entre ambos se ubican los medios para ejercerla o rechazarla, los cuales pueden ser desde el propio cuerpo hasta objetos destinados exclusivamente para tal fin. Cuando los que padecen la violencia, emprenden el camino de vuelta, estalla el conflicto. Sin embargo, muchas veces este conflicto no estalla, pues los medios materiales e ideológicos para producir la sumisión de las víctimas son tan efectivos que, o cancelan cualquier posibilidad de resistencia (coacción y coerción), o alienan el reconocimiento del padecimiento (persuasión e ideologías).

Vicente Lull y colegas (2015) señalan que un tercer actor estaría presente en las relaciones de violencia: el “*resto social*”, que ni ejerce ni padece la violencia, pero la observa. Estos actores pueden tratar de explicar objetivamente la violencia, valorarla en función de tradiciones (éticas y morales) y normas (jurídicas e ideológicas) o pueden no reconocerla y/o sancionarla a partir de principios morales e ideológicos (Lull et al., 2015, p. 33). En este último grupo pueden incluirse a los investigadores de nuestro presente que estudian la violencia, y, cómo no, estar sujetos a contradicciones similares. De este modo, la dependencia de las interpretaciones fundadas en la tradición, el consenso intersubjetivo y la posición política para reconocer y sancionar o no la violencia se filtran en reconocimiento social, y como hemos señalado anteriormente, también en las formulaciones académicas. Ante esta situación ¿Debemos asumir que no existen relaciones de violencia más allá de quienes las proclaman? Creemos que no.

La manera de escapar a la situación anterior es ubicar la realidad de la violencia en sus causas y consecuencias, materiali-

zadas en los objetos. A partir de su investigación podemos definir relaciones sociales violentas, al margen incluso de quienes la ejercen, la padezcan o la observen. En esta dirección Lull y colegas (2006) plantean una investigación cualitativa y cuantitativa de los materiales (los objetos), organizados en efectos, medios y representaciones, que aquí tratamos de acotar en **sujetos, medios y espacios**; como una manera de especificar materialmente las evidencias que nos permitan identificar las relaciones de violencia. El sentido (la dirección) de esta violencia nos permitirá adjetivar las formas de violencia como de resistencia, de opresión, etc. y esto dependerá de la ubicación de los agentes y víctimas de la violencia, así como del contexto económico-político social en el que se inscriban.

Sujetos, medios y espacios de/para la violencia son dinámicos y pueden intercambiar su posición de acuerdo al lugar desde el cual se ejerce y experimenta dicha violencia. De tal manera que no son categorías cerradas. Por ejemplo, un **sujeto** para la violencia también puede ser un **medio** para la violencia, sobre todo si es un especialista guerrero utilizado por una élite para violentar a una serie de sujetos. De la misma manera, una fortaleza es un **medio** de defensa y de ataque, pero también puede ser un **espacio** de control cuando limita el libre desplazamiento de quienes viven dentro. Esta misma fortaleza puede ser “**sujeto**” de violencia si podemos reconocer el daño sobre ellas, por ejemplo, su destrucción intencional, un incendio que cancele su “vida” útil, etc. Del mismo modo, una habitación o un edificio cualquiera puede convertirse en un espacio de violencia; por ejemplo, los espacios de tortura como el estadio Víctor Jara en Chile (San Francisco et al., 2010). Esta determinación de los usos sera siempre consecuencia de una investigación



Figura 3: Vista de individuo articulado completo, con las manos atadas en la espalda. Uceda et al.2016, p.172.

arqueológica que contextualice todos los elementos objetivos señalados de dicha situación histórica y que caracterizaremos en detalle a continuación.

a. Sujetos de/para la violencia

Nos referimos aquí a los sujetos que ejercen la violencia y a los que la padecen. Estos últimos, las víctimas, son los sujetos más “factibles” de ser reconocidos arqueológicamente por las marcas en los cuerpos, principalmente osteológicas, que se pueden observar. Aun así, también es posible encontrar la manera de identificar a los agresores. El tercer elemento, los observadores (denunciantes-testigos-cómplices) de la violencia se infieren indirectamente desde la presencia de los dos principales actores.

a.1. Sujetos de violencia o víctimas

Gracias al avance de la bioantropología es posible identificar las huellas/marcas de violencia dejadas en los propios cuerpos

y vincularlas a posibles patrones de golpe y reconocer su gravedad (Vega, 2016). Incluso, ha sido posible encontrar asociados a los mismos individuos los medios con los que fueron violentados. Sin embargo, este tipo de análisis son los más restringidos, pues el trabajo en cementerios se reduce a los patrones de enterramiento y a los ajuares asociados, sobre todo de personajes importantes (Alva, 1994; Alva y Donnan, 1993; Castillo, 2000; Franco, 2016, entre otros). Por otro lado, la existencia de fosas comunes, campos de batalla o lugares de ejecución prehispánicos son temas que han sido poco investigados debido a diferentes problemas: primero, su difícil identificación espacial, y, segundo, porque estos responden a espacios no institucionalizados y/o formalizados de entierro. Un caso de posible fosa común fue localizado en Pacatnamú en el valle de Jequetepeque (Verano, 1986) y de sujetos ejecutados en un espacio no formal en Punta Lobos, en el valle de Huarmey (Ve-

rano y Toyne, 2011)¹¹. Asimismo, es posible identificar las huellas de la violencia en edificios, campos de cultivo, caminos, etc., lo que permite que estos puedan ser tratados también como “sujetos” de violencia. Sin embargo, será el ser humano el principal y único referente cuando hablemos de las víctimas de la violencia.

a.2. Agentes de violencia o agresores

Por lo general, los especialistas denominados como “guerreros” son definidos por el ajuar que los acompaña en sus tumbas (Strong y Evans, 1953; Alva y Chero, 1999; Franco, 2016; Bourget y Newman, 1998)¹². Una investigación osteológica que permita vincular algunos indicadores como marcas o traumas de conflicto o, incluso, los indicios de un tipo de musculatura, reflejados en los restos óseos que los definan como tales, son necesarios para tener una visión más completa de su actividad especializada. Con un conjunto de evidencias arqueológicas que expresen la posibilidad de un cuerpo o colectivo vinculado exclusivamente con el ejercicio de la violencia se puede establecer que dicha violencia fue estructural¹³. Aquí tendremos que diferenciar entre sujetos para la violencia efectiva y sujetos que dirigen la violencia. Así, algunos individuos o colectivos, como por ejemplo reyes, emperadores o alguna clase social, dirigen la violencia sin “ensuciarse” las manos. Sin embargo, la forma de establecer aquello, pasa por determinar

su papel como “rey”, “emperador” o “clase social”; en última instancia, como la persona que organiza y “obliga” a otros sujetos a ejercer la violencia.

b. Medios para ejercer o rechazar la violencia

Claramente, los artefactos u objetos que se pueden identificar como armas han sido el mejor y más utilizado indicador para evidenciar la existencia de prácticas violentas. Asimismo, queda en muchos casos definir qué elementos, además de los artefactos, pueden haber sido utilizados como armas. Muchas veces, simples elementos arrancados de la naturaleza, como rocas o troncos, pueden ser artefactos ofensivos. En el otro lado, elementos de la naturaleza pueden ser empleados para repeler la agresión. Otro tipo de medios involucran la comunicación de la violencia. Se trata de representaciones de violencia que bien pudieron servir para “educar”, “disciplinar” e intimidar a posibles grupos que intentaran subvertir los órdenes existentes o, simplemente, sirvieron para reproducir las condiciones sociales donde la violencia es cotidiana¹⁴. Su “función” como medio debe ser planteada con relación a otros elementos de identificación de la violencia. Como dijimos, los propios cuerpos humanos, en tanto generados por las élites como especialistas para el ejercicio de la violencia son, también, medios para los sujetos que ejercen la violencia.

11 En el caso de fosas comunes de la historia reciente, sobre todo en Sudamérica, existe una bibliografía interesante y muy importante (ver Funari y Zarankin (eds.), 2006). Desde el periodismo de investigación Ricardo Uceda (2004), presenta importantes argumentos para entender la lógica y la forma en la que actúan los victimarios y organizadores de las desapariciones, en este caso, en el Perú de la década de 1980 y comienzos de 1990.

12 Rafael Larco Hoyle fue un pionero de tal definición.

13 Definimos violencia estructural como una forma de desigualdad social garantizada por un colectivo especializado en el ejercicio de la violencia física amparados en instituciones jurídicas y políticas.

14 El estudio iconográfico ha desarrollado métodos y técnicas muy importantes para su análisis. Sin embargo, en algunos casos, su dependencia con relatos etnohistóricos, etnográficos e ideas “comunes” limitan su potencial histórico, situándolas en una línea muy delgada entre la historia y la fábula.

c. Espacios para el ejercicio de la violencia

Los lugares donde acontecen estas prácticas violentas pueden ser construidos, pero también pueden ser espacios abiertos utilizados de manera espontánea o consensuada. En el caso de las instalaciones preparadas para dicho propósito, estas pueden ser más fácilmente rastreables, empezando con lugares como los denominados, muchas veces, como “templos” hasta las grandes plazas en los sitios arqueológicos en donde se realizan actividades rituales de sacrificio. Quizá estos son los lugares más evidentes en nuestra investigación arqueológica; pero también hay que recordar que, como la historia nos lo demuestra, los conflictos muchas veces estallan en los lugares menos esperados. Los campos de batallas en las afueras de las ciudades son los mejores ejemplos. La identificación de estos espacios es muy difícil en la arqueología. Por ejemplo, no se tiene conocimiento de algún campo de batalla identificado arqueológicamente para el caso de los Incas. Sin embargo, sabemos por documentación etnohistórica que las batallas y las guerras fueron recurrentes como práctica institucionalizada (Rostworowski, 1999). Corroborar materialmente estas informaciones aun es una tarea pendiente.

Por otro lado, tampoco se ha considerado la existencia de espacios donde las personas destinadas a los “sacrificios rituales” aguardasen su “destino final”, puesto que estos “rituales” se habrían realizado en fechas más o menos específicas y contarían con el elemento primordial: el sujeto a sacrificar. En la arqueología que se desarrolla sobre la materialidad de las dictaduras y guerras civiles del pasado reciente, este tema cobra relevancia pues, por ejemplo, se han estudiado los espacios de tortura, de encierro forzado (cárceles y

campos de concentración), etc. (Funari y Zarankin (eds.), 2006)

Para ejemplificar las posibles líneas de investigación y posibilidades de trabajo, indicaremos algunas de las evidencias disponibles y las prácticas sociales que implican o podrían indicar ejercicios de violencia en lo que se ha definido como la sociedad o cultura Moche. Discutimos estas evidencias en relación a la organización y relaciones sociales de producción, pues como hemos venido señalando, no se puede entender la violencia por la violencia o el poder por el puro poder, pues todas estas prácticas responden a condiciones históricas concretas. Si bien, la organización y las relaciones sociales de producción no necesariamente actúan como desencadenantes de la violencia, son la condición necesaria para que esta se produzca.

4. Los Moche

Los Moche es un fenómeno social que ha sido caracterizado como Estado (Lumbreras, 1981, Stanish, 2001), grupos de Estados (Shimada, 1994a; Donnan y Castillo, 1994; Rosas, 2017) y como una serie de grupos sociales integrados por una religión/ideología común (Bawden, 1994; Quilter, 2010; Quilter y Koons, 2012; Swenson, 2014). Dicho fenómeno social se extendió por gran parte de la costa norte peruana (figura 1), aproximadamente entre los años 100 al 850 d.C.

Está sociedad es conocida de manera mediática por los entierros fastuosos encontrados, la monumentalidad de sus edificios y sus representaciones iconográficas en diferentes tipos de soporte. La cerámica ha servido para organizar su cronología, principalmente en dos secuencias para los dos supuestos estados Moche (Sur y Norte) (Castillo y Donnan, 1994a). Sin embargo, los alcances reales

están lejos de ser uniformes, pues las fases cerámicas no presentan una relación estratigráfica coherente para mantener su separación y orden cronológico. Se suma a este problema la ausencia de buenas series de fechados radiocarbónicos para validar tales cronologías (Aimi et al., 2016; Koons, 2014; Rosas, 2017). Otro problema es la interpretación que hasta hace pocos años vinculaba al estilo cerámico Gallinazo con una organización sociopolítica diferente a la Moche, situación que se viene discutiendo, pues, al parecer, pertenecería al grupo social Moche, solo que con un estilo cerámico diferente por razones funcionales o utilitarias¹⁵. Lo que sí sabemos bien es que existía una materialidad distintiva compartida entre varios valles en la costa norte en dicho espacio de tiempo, lo que permite hablar de un “territorio” Moche. A continuación, reseñamos algunos ejemplos de materialidad que nos sugieren prácticas violentas Moche, las cuales luego vinculamos con la organización de la producción y las relaciones sociales.

4.1 Materialidad de la violencia Moche

a. Sujetos de/para la violencia

No existe un trabajo actualizado y comprensivo que sintetice la gran cantidad de entierros relacionados con el fenómeno Moche y que comprenda un análisis bioantropológico exhaustivo asociados a sus ajuares y tipos de tumbas. La existencia de dicho estudio nos podría ayudar a plantear hipótesis más robustas sobre las relaciones sociales y su impacto en los propios cuerpos. No obstante, si existen algunos estudios que nos permiten ingresar a la comprensión de la materialidad de los cuerpos humanos Moche. Un primer recuento fue realizado por Christopher Donnan a partir de los contextos fune-

rarios excavados hasta 1991 (Donnan, 1995). Por su parte, Luis Jaime Castillo realizó estudios en la misma dirección, pero asociando las tumbas con las representaciones iconográficas; así identificó lo que denomina “*Los rituales Mochica de la muerte*” (Castillo, 2000). Por su parte, el trabajo de Jean-François Millaire intenta definir las diferencias sociales a partir de la caracterización del tipo de tumbas, objetos asociados y los cuerpos (Millaire, 2002). Otro trabajo a destacar son los análisis bioantropológicos realizados por John Verano, sobre todo en contextos de sacrificios o personajes de elite (Verano, 1997; 2001a).

Los principales contextos funerarios que nos interesan en esta sección y estudiados hasta la fecha corresponden a personas que fueron asesinadas para servir como “ajuar” en los entierros de personajes importantes y los que fueron asesinados durante rituales; en ambos casos son considerados como “*sacrificios*”. Además, existen algunos contextos de entierros en cementerios o tumbas de élite, donde la causa de muerte de individuo principal se identifica como muertes violentas probablemente por su participación en combates (Franco, 2016, p. 69; Verano, 2014). A continuación, señalamos algunos de los contextos arqueológicos que informan sobre cuerpos que fungen como sacrificios/ofrendas en los enterramientos de individuos de élite y sacrificios/ofrendas en rituales.

William Duncan Strong y Clifford Evans (1952) brindan un primer ejemplo de tumbas con personas “sacrificadas”. En el marco del Proyecto Virú, excavaron la primera tumba de lo que se considerará un personaje de la élite Moche. La tumba fue localizada en Huaca de la Cruz, en el valle de Virú. Contenía a un individuo masculino, depositado en un ataúd de caña,

15 Una discusión en Millaire y Morlion (eds.), 2009, especialmente los capítulos de Makowski y Donnan.



Figura 4. Vasija modelada, representa prisionero atado a un árbol y picoteado por aves.
(Archivo digital de Arte Peruano, código: 01.000284.001, foto: Daniel Giannoni)

acompañado de una gran cantidad de objetos y el cuerpo de un niño de 12 años y de dos mujeres jóvenes “sacrificadas”, muertas probablemente por asfixia, pues habrían sido, según la posición en la que encontraban, arrojadas durante el proceso de enterramiento (Strong y Evans, 1952). Esta forma de enterramiento, un personaje principal “acompañado” de personas “sacrificadas”, será recurrente en diferentes valles y cronologías de la costa norte. De entre los más conocidos, podemos señalar la tumba del “*Señor de Sipán*” (640-680 d.C.), que fue enterrado en la plataforma funeraria de Huaca Rajada en el valle de Lambayeque, quien fuera “acompañado” de tres mujeres jóvenes, de entre 15 y 20 años (Alva, 1993; Alva y Chero, 1999; Aimi et al., 2016).¹⁶ Otro contexto funerario es el que contuvo a la “*Señora de Cao*” (400 d.C.), exhumada de la huaca del mismo nombre en el valle de Chicama. La cámara funeraria o mausoleo contenía el fardo del personaje principal, “*La Señora de Cao*”, y cuatro individuos definidos como los “*acompañantes*” ubicados en diferentes fosas; el personaje principal y algunos de los acompañantes tenían a seres humanos como parte de sus ofrendas. La “*Señora de Cao*” presentaba como parte de las ofrendas a una persona adolescente de sexo no determinado, estrangulada con una soguilla de junco (Mujica et al., 2007, p. 223). Uno de los “*acompañantes*”, ubicado en la fosa central adyacente a la tumba de la “*Señora de Cao*” también presentaba como “ofrenda” a un individuo de 12 o 13 años, de sexo no determinado, también asesinado por estrangulamiento,

presentando aun una soguilla de junco en el cuello (Mujica et al., 2007, p. 215). Del mismo modo, la “*Tumba de la cámara re-utilizada*” ubicada en el lado oeste de la pirámide superior, presentaba una mujer “sacrificada” como ofrenda, asesinada también por estrangulamiento (Mujica et al., 2007, p. 187)¹⁷. Asimismo, son relevantes los contextos funerarios localizados en San José de Moro (500-600 d.C.), en el valle de Jequetepeque (Castillo y Donnan, 1994b; Castillo, 2000) y Huaca de la Luna (300-700 d.C.) en el valle de Moche (Uceda, 2007).

El otro grupo de contextos arqueológicos, son aquellos en donde se ubican cuerpos dispuestos en plazas, sin un procedimiento de inhumación. Los casos mejor detallados son los registrados en Huaca de la Luna (figura 2), en el valle bajo del río Moche. En la plaza 3C, fechada alrededor de los siglos III y IV d.C., se encontraron 25 esqueletos “*completos*” o “*casi completos*” y 46 conjuntos de restos incompletos y huesos aislados (Verano et. al., 2007, p. 226). Además, se pudo determinar que los cuerpos no correspondían a un solo evento de deposición (Tufinio, 2006). Los análisis óseos determinaron que todos los individuos en los que fue posible determinar el sexo eran masculinos, sus edades fluctuaban entre la adolescencia y la adultez. Algunos individuos mostraban fracturas del antebrazo, omóplato, costillas y huesos de la mano que estaban en los primeros pasos de curación al momento de la muerte, quizás algunas semanas. Como señalan Verano y asociados (2007,

16 Shimada sugiere que estas mujeres podrían corresponder a entierros secundarios (Shimada et al., 2006, p. 231).

17 Desde el descubrimiento de la Señora de Cao, se han realizado algunas interpretaciones que suponen una supuesta igualdad de género en la época Moche. Además, se ha celebrado que una mujer haya “alcanzado el mismo poder de los hombres”. Lo anterior no hace más que simplificar y trivializar una lucha social. Tales planteamientos resultan desafortunados si consideramos a las adolescentes asesinadas en el mismo contexto de la Señora de Cao. Esto nos conduce a una celebración acrítica de la violencia y en general de las relaciones de poder. Para una crítica de esta simplificación en el caso Moche ver De la Torre y Lapi, 2014.

p. 252), las fracturas son coherentes con las esperadas en combates con armas contundentes como porras, por lo que los individuos debieron ser traídos luego de las batallas o, si los enfrentamientos tuvieron lugar en el mismo asentamiento, estos fueron retenidos por un tiempo antes de ser asesinados. También existe presencia de huellas de corte en casi todos los huesos, lo que sugiere proceso de descarnamiento, no necesariamente con fines de consumo directo (Verano et al., 2007, p. 250). También, en algunas vértebras cervicales se han identificado cortes que son coherentes con el degollamiento (Verano et al., 2007, p. 227, fig. 271). Algunos cuerpos presentaban los brazos atados en la espalda (figura 3), sogas en el cuello, tobillos, tronco (Verano et al., 2007, p. 228, fig. 275), lo que permite suponer que estos probablemente fueron sujetos en algún objeto. De hecho, Steve Bourget encuentra huellas de postes de madera que podrían ser la evidencia de la “exposición” de estos prisioneros (figura 4) (Bourget, 2001, p. 101).

En el mismo edificio de la Huaca de La Luna, en la plaza 3A, se localizaron los cuerpos de 35 individuos de sexo masculino, con evidencias de heridas en las costillas en proceso de curación. Además, se sugiere que marcas de fractura en las manos podrían ser evidencias de tortura (Bourget y Millaire, 2000; Verano, 2001; 2001b; Bourget, 1997; 2001), lo que permite plantear que estos individuos habrían sido tratados como prisioneros de guerra (Quilter, 2002, p. 167).

Parecida situación se reproduce en la plataforma principal de la Huaca Cao Viejo. Allí se encontraron individuos de sexo masculino, adultos y con las similares características que los hallados en Huaca de la Luna (Franco, 2019). Contextos similares a los que acabamos de señalar (asocia-

dos a arquitectura monumental) no existen en otros lugares o, por lo menos, hasta ahora no han sido ubicados/excavados. Un caso que podría asemejarse es el de la fosa encontrada en Pacatnamú, donde los cuerpos aún retenían soguillas en pies y manos (Verano, 1986).

Una discusión muy común en la arqueología Moche tiene que ver con la definición de la identidad o pertenencia cultural de los asesinados y la élite a partir de estudios de ADN mitocondrial y análisis isotópicos (Shimada et al., 2006; Toyne et al., 2016). Sin embargo, no se considera que la relación entre ambos no necesariamente tiene que ver con la cercanía biológica sino con la pertenencia o no a clases sociales. Por ejemplo, amos y esclavos pueden compartir las mismas marcas isotópicas al vivir en una misma región, y los estudios de ADN mitocondrial informan sobre rasgos filogenéticos y no necesariamente correspondientes con clases sociales u otro tipo de diferenciación social.

Los sujetos para la violencia o agresores, denominados guerreros, han sido definidos en relación a los ajuares asociados a sus tumbas. Cuando estos ajuares son extraordinarios se los ha definido como “*sacerdotes guerreros*” (Alva y Chero, 1999). Asimismo, los elementos considerados como medios de violencia no solo están asociados con hombres, sino también con mujeres, siendo el caso más espectacular, el relacionado con la “*Señora de Cao*”.

Por otra parte, en la Huaca de la Luna, en la plataforma II, se registró el entierro de dos individuos asociados a cerámica con representaciones de sacrificios y combates, uno de ellos (Tumba 1) presentaba como parte del ajuar un mazo de madera que tenía una capa delgada de sangre humana (Bourget y Newman, 1998; Uceda et al., 2016, p. 170) (figura 5).

Pese a las evidencias aquí discutidas, resulta necesario plantear nuevas preguntas de investigación apoyadas en análisis óseos que permitan vincular patrones de actividad directamente en los huesos, como por ejemplo el uso recurrente de hondas, porras o estólicas y si es posible, de qué manera y en que rango de factibilidad se pueden identificar osteológicamente estas actividades. Actualmente existe una muestra amplia de restos óseos para poder desarrollar este tipo de investigaciones.

b. Medios para la Violencia

En los sitios Moche existe una gran cantidad de objetos creados exclusivamente para servir como armas de ataque y defensa en diferentes niveles, muebles e inmuebles. Dentro de las muebles existen las que implican enfrentamientos a mediana y larga distancia, principalmente, armas arrojadas como flechas, hondas, lanzas, etc., y enfrentamientos cuerpo a cuerpo como escudos, manoplas, porras (Chamussy, 2012; Mayer, 1988). Sin embargo, muchos de estos no cuentan con análisis correspondientes o, muchas veces, se desconoce su procedencia exacta. Casi todas las armas de ataque y defensa, sobre todo las porras, han sido encontradas en superficie y en entierros aun sin ser caracterizados cronológica y contextualmente.¹⁸ Además, la gran mayoría proviene de residuos de saqueos. Todo ello ha complicado en gran medida la investigación de los medios de violencia. Los casos más emblemáticos son aquellos encontrados en grandes tumbas, aunque los adornos que componen estas armas han ayudado a reforzar la idea

de que estas corresponden a guerreros que participan en batallas rituales.¹⁹

Las armas inmuebles, sobre todo de defensa como las fortalezas, son las más representativas (Willey, 1953; Wilson, 1988; Dillehay, 2001), pero no están presentes en toda el área moche. Aunque también existen puestos de vigilancia, murallas y puestos de control (Castillo, 2007; Rosas, 2006; Billman, 1996; Wilson, 1988; Giersz, 2011). Estas estructuras arquitectónicas se empiezan a construir alrededor de siglo III y IV d.C. (Rosas, 2007; Dillehay et al., 2009; Wilson, 1988), aunque muchas fortalezas no han sido fechadas mediante el método radiocarbónico, siendo asociadas a diferentes cronologías por el material cerámico proveniente de superficie. Estas fortificaciones incluyen ubicación en lugares estratégicos de difícil acceso, sistemas de trinchera, zanjas y muros altos con parapetos. Este tipo de construcciones cumplió diferentes objetivos que variaban entre la protección de un sector de la comunidad u otra comunidad Moche (Dillehay, 2001) o la protección frente a un enemigo externo (Wilson, 1987; Rosas, 2007; Lau, 2016). Un buen ejemplo es la línea de fortificaciones ubicadas en el cuello del valle de Virú (Lau, 2016, p. 59) que sirvieron para proteger las fronteras de los territorios moche con otras sociedades como los Cajamarca o Recuay.

Por otro lado, existen representaciones iconográficas del ejercicio de la violencia en diferentes tipos de soporte, por lo que estas pueden ser muebles (esculturas, representaciones en cerámica, figura 4) o inmuebles (frisos y murales, figura 6). Algu-

18 Existe una gran cantidad de porras y otras armas en archivos y museos nacionales e internacionales. En el Perú una de las grandes colecciones para el caso Moche se encuentran en el Museo Larco. Para una revisión general de armas de metal provenientes del Perú y almacenados en diferentes museos se puede consultar Mayer, 1998.

19 Por ejemplo, dentro del ajuar de la Señora de Cao se recolectaron 23 estólicas y 2 porras (Mujica et al., 2007, p. 235).

nos trabajos como los de Donnan (1977) y Hocquenghem (1987) son importantes por su intento de ordenar las representaciones a partir de patrones estilísticos recurrentes y tratar de vincularlas con narraciones etnohistóricas. Sin embargo, en algunas de las ocasiones, las representaciones iconográficas son utilizadas, por muchos investigadores, para expresar otras explicaciones alejadas de la violencia efectiva.

Más allá del debate anterior, existirían dos formas de representación de la violencia: la primera tendría que ver con aquellas que muestran la violencia como tortura-sacrificio-asesinato y otras que mostrarían combates. Ambas actividades están representadas en multiplicidad de soportes (cerámica, barro, madera, lítico, textil). En el caso de los combates estos pueden ser intra o intergrupales, y son reconocidos por los atuendos que portan los combatientes. En el caso de los combates intergrupales, los más frecuentes son las representaciones de batallas entre los Moche y Recuay (Lau, 2004; 2016, p. 64).²⁰

De las representaciones más impresionantes y relevantes por su carácter público tenemos a las que se encuentran en los muros de espacios públicos (“plazas”) de edificios monumentales como Huaca de la Luna y Huaca Cao. En estos monumentos existen murales orientados hacia las plazas principales y que muestran a prisioneros, atados y desnudos, conducidos en fila hacia su muerte. Incluso la representación de la sangre de las víctimas está figurada en estos murales. De la misma manera, en el sitio moche de Pañamarca, valle de Nepeña, se muestran escenas de sacrificios y combates, con porras y escudos (Bonavía, 2007). Esto demuestra la importancia de la práctica no solo de ejecutar prisioneros, sino, sobre todo, la de exponer dicha práctica a un gran público. Esto también

se puede relacionar con la práctica de exponer los cuerpos luego de su asesinato, como los ubicados en la Huaca de la Luna y que mencionamos previamente.

Por ello, más allá de las interpretaciones que se han ensayado, podemos señalar que ellas están insertas en un sistema comunicativo que afianzaba la violencia como un mecanismo de transmisión social. Aunque esto en sí mismo es evidente, el carácter del significado aún está lejos de develarse. Pueden ser representaciones conmemorativas de carácter mítico y, por ello, religiosas o rituales. Sin embargo, también pueden ser representaciones de discursos ideológicos que enmarcan una violencia intimidadora. O, en otro sentido, la sobreexposición de la violencia y su cotidianeidad, bien pudo servir como una forma de invisibilización de las mismas, al naturalizarlas o normalizarlas. En uno u otro sentido, las relaciones que se puedan establecer entre estas posibles formas de violencia y la organización económica política pueden brindar mayores luces sobre su naturaleza, cuestión que discutiremos más adelante.

c. Espacios para la violencia

Cuando hablamos de los sujetos violentados en la Huaca de la Luna, el análisis de los cuerpos permitía plantear que existieron espacios para su reclusión y posible tortura. Sin embargo, su ubicación directa está lejos de ser definida. Por otro lado, los espacios arquitectónicos donde se han encontrado los cuerpos humanos reseñados en la sección de este capítulo correspondiente a los sujetos de violencia, nos informa que estos espacios eran lo suficientemente exclusivos como para servir de lugares en donde se llevaban a cabo los asesinatos y, probablemente, su

20 Ver, por ejemplo, Pardo y Rucabado (eds.), 2016, figura 11 y 76 a-b.



Figura 5: Vasija modela y mazo de madera recuperados en la Tumba 1 de la Plataforma II, en Huaca de la Luna. Uceda et al. 2016, p. 169.

exposición “pública”. Las evidencias más notables son las encontradas en las plazas 3A, 3B y 3C de Huaca de la Luna (Bourget, 1997; 2001; Bourget y Millaire, 2000; Tufinio, 2000; 2001; 2004; 2006; Verano, 2006) y los de Huaca Cao Viejo (Franco, 2019). Otros edificios que podrían tener los mismos contextos arqueológicos dadas sus semejanzas arquitectónicas son los de Huaca Dos Cabezas en el valle de Jequetepeque y Pañamarca en el valle de Nepeña.

En el valle de Lambayeque, en el sitio de Pampa Grande, se plantea la hipótesis de una concentración forzada de poblaciones para la realización de trabajos para la élite (Shimada, 1994b). Dicha concentración de sujetos se expresa en la construcción de muros que separan y confinan las áreas residenciales ubicadas al sur del

asentamiento. Este sector se diferenciaba del sector norte, en donde se encontraba la élite, definido por el tipo de arquitectura, los instrumentos de trabajo, el tipo de cerámica y los recursos consumidos (Shimada y Maguiña, 1994, p. 56; Shimada, 1994b, p. 208). Se postula que la historia del sitio habría terminado con su incendio y posterior abandono, posiblemente debido a una revuelta de la población del sector sur (Shimada, 1994b, p. 249-254). Similar situación se postula para el sitio de Galindo en el valle de Moche (Bawden, 1996). En este lugar se construyeron muros para separar y aislar a sectores de la población, en espacios denominados “cercaduras”²¹. De igual manera que en Pampa Grande, dicha situación habría finalizado con una revuelta que acabó con el abandono del sitio.

²¹ Para una definición y otros casos de este tipo de estructura, ver Gamboa 2008.

5. Producción, Relaciones Sociales y Violencia Moche

Todos los elementos vinculados a la violencia mencionados en el presente trabajo no se daban de manera aislada o en algún tipo de vacío social. Fueron parte de otras relaciones sociales mucho más amplias y fundamentales. A continuación, damos una aproximación a dichas relaciones sociales.

En el caso de los Moche, la producción básica de subsistencia estaba garantizada por un importante sistema agrícola (Billman, 2010, p.181, Gamboa y Nesbitt, 2012, p. 118). Por ello, muchas de las comunidades tempranas Moche estaban relacionadas con las tierras de los fondos de valle y las laderas de los cerros (Pozorski, 1979, p. 175; Billman, 1996; Canziani, 2009; Wilson, 1988), situación que se va acentuando con el transcurso de los siglos, con algunos matices en cada uno de los valles de la costa norte. A esta producción para la subsistencia se sumaban la pesca, la ganadería y la caza (Pozorski, 1982; Campbell, 2000; Vázquez y Rosales, 1998). Esta producción básica permitió el crecimiento cuantitativo y cualitativo de producciones artesanales como cerámica, metales, textiles y otros objetos, sobre todo en algunos sitios importantes como Huaca de la Luna en el valle de Moche (Gayoso, 2014), Cerro Mayal en el valle de Chicama (Russell et al., 1994) y, hacia las últimas etapas del desarrollo Moche, en Pampa Grande en el valle de Lambayeque (Shimada, 1994b), lugares donde se producía, sobre todo, vajilla fina y objetos de metal. Existen otros asentamientos de producción cerámica, pero no de las características cuantitativas y cualitativas de los arriba señalados. Más bien, dichos sitios se caracterizan por

una producción de cerámica utilitaria (doméstica) y de algunos objetos decorativos como, por ejemplo, Pampa de los Incas en el valle de Santa (Wilson, 1988, p. 211).

Estudios espaciales y territoriales de nivel regional han definido varios tipos de asentamientos diferenciados por sus características arquitectónicas (diseño y materiales constructivos)²². Dichos asentamientos estaban asociados a diferentes instrumentos de trabajo y tenían acceso a diferentes bienes de consumo, tanto de subsistencia como de artefactos. Además, esos sitios dan cuenta de un crecimiento y complejidad en sus construcciones arquitectónicas: edificios públicos-ceremoniales, recintos domésticos e infraestructura agrícola (canales de riego, presas).

Si bien, los mayores esfuerzos de excavación arqueológica se han concentrado en los asentamientos que presentan edificios monumentales públicos (huacas), recintos privados (palacios) y arquitectura doméstica de élite, existen algunos trabajos que dan cuenta de asentamientos caracterizados como poblados o aldeas con presencia únicamente de arquitectura doméstica (casas) de comuneros (Shimada y Maguiña, 1994; Gumerman y Briceño, 2003). Los asentamientos con arquitectura monumental presentan, por lo general, una mayor proporción de instrumentos de trabajo vinculados a la producción de herramientas, cerámica, textiles, metales (Bernier, 2019; Gayoso, 2011; Shimada, 2001; Fraresso, 2010) y ausencia de instrumentos de producción agrícola (Chapdelaine, 2001) y pesca. Por el contrario, los asentamientos “aldeanos” están vinculados mayoritariamente con instrumentos de trabajo agrícola. Por ejemplo, en sitios del valle de Moche como Santa Rosa-Qui-

22 Valles de Lambayeque (Shimada y Maguiña, 1994), Zaña (Boza, 2006), Jequetepeque (Dillehay et al., 2009), Chicama y Moche (Billman, 1996), Virú (Willey, 1953), Santa (Wilson, 1988), Nepeña (Proulx, 1968; 1982), Casma (Wilson, 1995), Culebras (Giersz y Prządka, 2009).

rihuac y Ciudad de Dios se recuperaron gran cantidad de asadas de material lítico (Billman, 1997; Gumerman y Briceño, 2003).

Hacia el III y IV siglo d.C. los sitios tradicionalmente considerados como centros políticos de lo Moche alcanzan un mayor volumen arquitectónico y mayor complejidad urbana (por ejemplo, Huacas de Moche, Mocollope y El Brujo). Además, alcanzan un nivel de producción artesanal antes desconocido (Bernier, 2009; Gayoso, 2011). De hecho, las evidencias arqueológicas sugieren que la producción artesanal se especializa y se concentra en los talleres de dichos sitios, especialmente en Huaca de la Luna. Si bien, existen evidencias de trabajo de producción de cerámica en otros lugares, es evidente que existía una mayor concentración productiva en los asentamientos de Chicama y Moche. La ausencia de lugares de producción en otros sitios, aunque con presencia de materiales de gran complejidad, nos podría indicar un control de la producción de cerámica (vajilla) fina y metales, distribuidos entre los diferentes espacios sociales con orientación principal hacia las élites o grupos dominantes. Es verdad que esta ausencia puede deberse también a la falta de trabajos más amplios como los desarrollados en Huaca de la Luna. En cualquier caso, las evidencias sugieren que el control de la producción y, sobre todo, de la distribución de los bienes más elaborados están dirigidos principalmente hacia un grupo social específico, vinculadas a espacios arquitectónicos y enterramientos caracterizados como de élite. Esto no necesariamente nos conduce a la validación de un estado centralizado, pues, como señalan algunos investigadores, existen muchas diferencias cuantitativas y cualitativas que permiten dudar de dicha centraliza-

ción (Castillo y Donnan, 1994a; Shimada, 1994a; 2010). Como señalan algunas propuestas novedosas (Quilter, 2010; Quilter y Koons, 2012; Swenson 2014; Rosas, 2017), la existencia de posibles escenarios en donde las élites de cada valle fungían como entidades sociales independientes, aunque relacionadas regionalmente, puede ser un camino de investigación. Sin embargo, también pensamos que dichas propuestas deberían ser validadas empíricamente y no solamente planteadas a partir de un nuevo modelo trasladado desde el registro etnohistórico²³.

Más allá de esta discusión, en cada valle con ocupación Moche, a lo largo de siete siglos es posible identificar, con algunas diferencias, crecimientos y abandonos tanto de arquitectura monumental y de residencias de élite así como de arquitectura residencial construida con materiales precarios, identificados con los comuneros. Estos últimos espacios sociales asociados con instrumentos de producción agrícola. Si bien, en estos valles, alrededor del tercer siglo d.C. el crecimiento de la producción de artesanía se puede observar también en la vajilla fina, el control de la distribución seguirá siendo el mismo. De hecho, este mismo crecimiento sigue siendo mayor en Huaca de la Luna, que recién encontrará un posible paralelo en el valle de Lambayeque en el sitio de Pampa Grande, solamente en el siglo VI d.C. Asimismo, es durante estos siglos cuando también se observa mayor presencia de cerámica fina en los valles de Santa, Nepeña y Culebras.

La participación diferenciada en la producción, organizada y controlada por élites centrales o regionales, concluye con un acceso desigual de lo producido, lo que concreta unas relaciones sociales desiguales que podrían definirse como de explota-

23 Para una discusión acerca de un estado Moche Sur, ver Tantaleán, 2015.

ción²⁴. Estas relaciones sociales no pueden ser obviadas a la hora de evaluar las evidencias arqueológicas que señalan prácticas violentas, las cuales se materializaron en las diferentes formas expuestas anteriormente (sujetos, medios y espacios).

Esta situación nos conduce a señalar que la organización de la producción, la distribución y el consumo en lo conocido como lo Moche estaba garantizada por el control de las elites de los medios de producción y la fuerza de trabajo. Esto es evidente en el caso de la producción de la vajilla y el metal, donde el control estaría dado sobre las materias primas y los instrumentos y conocimientos (e, incluso, especialistas) necesarios para realizarlos.

Por otro lado, los datos arqueológicos que sugieren violencia efectiva, especialmente de sujetos violentados, muestran su aumento alrededor de los siglos III y IV d.C. y, sobre todo, es visible en asentamientos de los valles de Chicama y Moche, en aquellos sitios que incluyen espacios públicos. Sin embargo, estos datos pueden deberse a la mayor cantidad de excavaciones arqueológicas en sitios monumentales de tales valles. La presencia en otros valles de edificios con similares características, permite plantear la posible existencia de contextos arqueológicos semejantes.

Los recursos destinados para estas construcciones arquitectónicas, la distribución de espacios y medios para la violencia, y las similitudes en las tumbas de élite con ofrendas humanas, sirven para plantear que las relaciones de explotación estaban garantizadas por relaciones de violencia física que traspasaban la frontera de los valles y que ayudaban a mantener las relaciones de explotación en la

sociedad Moche. Esta violencia debió estar acompañada de una fundamentación ideológica, entendida no como un epifenómeno de la estructura económica, sino como un mecanismo social que removía y/o consolidaba los órdenes sociales disímétricos, pero siempre al amparo de los medios y las relaciones de producción.

Los datos arqueológicos aún son limitados y aunque sobre todo se restringen a las elites, todavía nos permiten plantear como hipótesis que una élite contribuyó, con un “espíritu” de clase, a mantener las relaciones de explotación gracias al ejercicio de la violencia física e ideológica que aquí hemos planteado. Estas relaciones de explotación y violencia se acentuaron alrededor del III y IV siglo de nuestra era, alcanzando un nivel de perfeccionamiento simbólico materializado en las representaciones murales de los sitios Moche (Huaca de la Luna), El Brujo (Huaca Cao Viejo) y, quizás, Pañamarca, y a prácticas rituales destinadas a producirlas, reproducirlas y legitimarlas. Pero, al mismo tiempo, estas mismas prácticas violentas nos hablan de un colectivo social a cual violentar, los cuales no fueron actores pasivos, pues la sofisticación en su opresión nos informan de la resistencia que estos pudieron emprender. No conocemos los alcances de estas formas de resistencia, sean políticas, por medio de negociaciones, concesiones o, incluso, revueltas violentas. Todo ello, exigirá mayores investigaciones arqueológicas pero, sobre todo, exigirá otro tipo de preguntas como las que nos hemos formulado a lo largo de este artículo.

6. Comentarios finales

Este trabajo es una propuesta teórico-metodológica para la investigación de la violencia en los Andes Centrales pre-

24 Entendemos por explotación al “[...] proceso de usurpación práctica de los medios de vida de la gente en condiciones concretas y por una clase definida de individuos” (Lull, 2005, p. 13-14).



Figura 6. Friso de prisionero en Huaca de la Luna. (foto: Alex Gonzales Panta).

hispanicos. Hemos reseñado someramente los problemas a los que se enfrentan los diversos marcos explicativos que se apoyan en modelos antropológicos y sociopolíticos. Según nuestro planteamiento, una manera de escapar a dicho problema radica en partir desde el estudio de los objetos arqueológicos, como una manera objetiva de aproximación histórica. Con ello, no pretendemos deslegitimar los trabajos que se desarrollan a partir de modelos antropológicos, etnográficos y etnohistóricos. Lo que nos interesa es discutir sus premisas teóricas desde las que parten, los argumentos para su validación y las consecuencias teóricas y metodológicas al trasladar sus modelos al quehacer arqueológico.

Hemos planteado la manera cómo puede desarrollarse una investigación materialista de la violencia, investigación que se apoya en los correlatos materiales objetivos de la vida social. A manera de ejemplo, hemos señalado la materialidad social que sugiere relaciones de violencia física y simbólica y las hemos discutido con relación a las formas de organización de la producción y las relaciones sociales en el fenómeno Moche. Este ejercicio nos ha permitido plantear que la división social del trabajo, la propiedad de medios de producción y bienes de consumo muestran relaciones de desigualdad social en el mundo moche, desigualdad que puede ser caracterizada como de explotación. Dicha explotación estuvo garantizada por una élite consolidada que utilizó mecanismos de coerción física e ideológica para el mantenimiento de dichas desigualdades, mecanismos ideológicos garantizados por la violencia física efectiva, cuya respuesta, el conflicto, puede sugerirse a partir de ejemplos documentado en las supuestas revueltas ocurridas en Pampa Grande y Galindo (Shimada, 1994b; Bawden, 1996). Al mismo tiempo, las élites moche tuvieron la capacidad suficiente para mantener un te-

rritorio al margen de otros grupos sociales, por medio de las negociaciones y en algunas ocasiones mediante acciones violentas, probablemente conflictos o guerras.

Aun nos encontramos en un proceso de organización y análisis de todas las evidencias arqueológicas disponibles, por lo que lo señalado en este texto no agota la materialidad existente. Sin embargo, lo anotado sirve para ejemplificar el papel de la violencia y su importancia para la reproducción de desigualdades sociales en el contexto de organizaciones políticas complejas. Esperamos en el futuro poder acumular y sintetizar la abundante materialidad Moche para poder validar las hipótesis aquí propuestas.

Colofón

No quisiéramos dejar de llamar la atención sobre una consecuencia poco advertida de las hipótesis sobre la violencia del pasado y especialmente del caso Moche. Existe una suerte de valoración positiva de los “grandes” líderes y lideresas moche, liderazgo que fue garantizado por la violencia efectiva. Dicha valoración puede observarse cotidianamente a nivel mediático y cultural. Estas valoraciones ayudan a construir o cimentar un sentido común cotidiano que normaliza la opresión, la explotación y la violencia como medios legítimos para conseguir el “éxito”, siempre y cuando esta violencia sea ejercida por los líderes, pues garantizan el “orden” y la supervivencia social. El tratamiento de los personajes encontrados en las ricas tumbas Moche es muestra de ello, ocultando el sufrimiento que debieron padecer grandes colectivos para que dichos líderes puedan mantener su posición y reproducción social. Este sentido común impregna muchas de las políticas culturales en los Andes y desde allí las valoraciones de la ciudadanía en general. De este modo, ac-

ciones de resistencia, algunas veces violentas por parte de comunidades o grupos subalternos son condenadas por el sentido común y mediático, negando la capacidad de respuesta política y práctica sobre intereses legítimos de defensa. Así, quedan borradas de la historia pasada y presente aquellas personas (mujeres y hombres) violentadas y asesinadas para fungir de ofrendas en las tumbas, en las plazas y, actualmente, en las manifestaciones, en las cárceles y la vida diaria.

Conflicto de intereses. Los autores declaran no tener conflicto de intereses.

Referencias bibliográficas

- Aimi, A., Alva, W., Chero, L., Marco, F. Maspero y E. Sibilia (2016). Hacia una nueva cronología de Sipán. En *Lambayeque, nuevos horizontes de la arqueología peruana*, 129-154. Editado por Antonio Aimi, Krzysztof Makowski, Emilia Perassi. Milán: Ledizioni.
- Alva, W. (1994). *Sipán, descubrimiento e investigación*. Lima, Backus & Johnston S.A.
- Alva, W. y Donnan, C. (1993). *Tumbas Reales de Sipán*. Los Angeles: Fowler Museum of Cultural History, University of California.
- Alva, W. y Chero, L. (1999). La tumba del sacerdote-guerrero. En *Sipán: El Tesoro de las Tumbas Reales*, 114-137. Editado por Antonio Aimi, Walter Alva y Emilia Perassi. Prato: Fondo Italo Peruano, Giunti Arte Mostre Musei s.r.l.
- Amnistía internacional (2014). La larga Lucha de los pueblos indígenas de América en defensa de sus derechos. Agosto 2014. Disponible en: <https://www.amnesty.org/download/Documents/4000/amr010022014es.pdf>
- Arkush, E. (2012). Violence, indigeneity, and archaeological interpretation in the Central Andes, 289-309. En *The ethics of anthropology and Amerindian research*. Editado por Richard Chacón y Rubén Mendoza. Nueva York: Springer.
- Arkush, E. y Allen, M. (eds.) (2006). *The Archaeology of Warfare: Prehistories of Raiding and Conquest*. Gainesville: University Press of Florida.
- Bawden, G. (1994). La paradoja estructural: la cultura Moche como ideología política. En *Moche: Propuestas y Perspectivas*, 389-412. Editado por Santiago Uceda y Elías Mujica. Lima: Universidad Nacional de Trujillo, Instituto Francés de Estudios Andinos, FOMCIENCIAS.
- Berlin, I. (2015). *Las raíces del Romanticismo*. Madrid: Taurus.
- Bernier, H. (2009). La producción especializada de la cerámica ritual Mochica. *Estudios Atacameños*, 37, 157-178.
- Billman, B. (1996). *The Evolution of Prehistoric Political Organizations in the Moche Valley, Peru*. Tesis doctoral, Department of Anthropology, University of California, Santa Barbara.
- Billman, B. (2010). How Moche Rulers Came to Power. Investigating the Emergence of the Moche Political Economy. En *New perspectives on Moche political organization*, 181-200. Editado por Jeffrey Quilter y Luis Jaime Castillo. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- Bonavia, D. (2007). Una pintura mural de Pañamarca, valle de Nepeña. En *Arqueología y vida: Duccio Bonavia*, 167-192. Editado por Enrique Vergara. Trujillo: Institut français d'études andines.

- Bourget, S. (1997). Las Excavaciones en la Plaza 3A de la Huaca de la Luna. En *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1995*, 51-59, editado por Santiago Uceda, Elías Mujica y Ricardo Morales. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo.
- Bourget, S. (2001). Rituals of sacrifice: Its practice at Huaca de la Luna and its representation in Moche iconography. En *Moche art and archaeology in Ancient Peru*, 89-109. Editado por Joanne Pillsbury. Washington D.C.: National Gallery of Art.
- Bourget, S. y Newman, M. (1998). A Toast to the Ancestors: Ritual Warfare and Sacrificial Blood in Moche Culture. *Baessler Archiv*, 46, 85-106.
- Bourget, S. y Millaire, J.-F. (2000). Las Excavaciones en la Plaza 3A y Plataforma II de Huaca de la Luna. En *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1997*, 47-60. Editado por Santiago Uceda, Elías Mujica y Ricardo Morales. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo.
- Boza, M. F. (2006) La ocupación mochica en los valles de Lambayeque y Zaña. En *Arkeos, revista electrónica de arqueología PUCP*, 1, 4: 29-55. Disponible en: https://www.academia.edu/37214431/La_ocupaci%C3%B3n_Mochica_en_los_valles_de_Lambayeque_y_Za%C3%B1a
- Campbell, K. (2000). *Fauna, subsistence patterns and complex society at the El Brujo site complex, Perú*. Tesis de Maestría, Department of Anthropology, Northern Arizona University.
- Canziani, J. (2009). *Ciudad y Territorio en los Andes: Contribuciones a la Historia del Urbanismo Prehispánico*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Castillo, L. J. (2000). Los rituales mochica de la muerte. En *Los dioses del antiguo Perú*, 103-135. Editado por Krzysztof Makowski. Lima: Banco de Crédito del Perú.
- Castillo, L. J. (2007). *La Gesta del Guerrero*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima. Disponible en: http://sanjosedemoro.pucp.edu.pe/descargas/articulos/La_gesta_del_guerrero.pdf
- Castillo, L. J. y Donnan C. (1994a). Los Mochicas del Norte y los Mochicas del Sur, una perspectiva desde el valle de Jequetepeque. En *Vicús*, 142-181. Editado por Makowski. Lima: Banco de Crédito del Perú.
- Castillo, L. J. y Donnan C. (1994b). La ocupación Moche de San José de Moro, Jequetepeque. En *Moche Propuestas y Perspectivas*, 389-412. Editado por Santiago Uceda y Elías Mujica. Trujillo: Universidad Nacional de La Libertad.
- Carneiro, R. (1970). A theory of the origin of the state, *Science* 169, 733-738.
- Chapdelaine, C. (2001). The growing power of a Moche urban class. En *Moche art and archaeology in Ancient Peru*, 69-87. Editado por Joanne Pillsbury. Washington D.C.: National Gallery of Art.
- Chamussy, V. (2012). Empleo de las armas arrojadas del área centro-andina: ¿Armas de caza o de guerra?. *Arqueología y Sociedad*, 24: 43-87.
- Cotler, J. y Cuenca, R. (eds.) (2011). *Las desigualdades en el Perú, Balances críticos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Crabtree, J. y Durand, F. (2017). *Peru Elite Power and Political Capture*. Londres: Zed Books.

- De la Torre, J. C. y Lapi, B. (2014). ¿Dónde están las mujeres? Reflexiones desde la arqueología peruana. en *Revista de Investigaciones del Centro de Estudiantes de Arqueología, UNMSM*, 8: 47-62.
- Dillehay, T. (2001). Town and country in Late Moche times: A view from two northern Valleys. En *Moche art and archaeology in Ancient Peru*, 259-283. Editado por Joanne Pillsbury. Washington D.C.: National Gallery of Art.
- Dillehay, T., Kolata, A. y Swenson, E. (2009). *Paisajes Culturales en el Valle del Jequetepeque: Los yacimientos arqueológicos*. Trujillo: Sian.
- Donnan, C. (1995). Moche funerary practice, in *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*, 211-260. Editado por Tom Dillehay. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- Eagleton, T. (2015) ¿Por qué Marx tenía Razón?. Barcelona: Península.
- Franco, R (2016a). *Mocollope, pasado prehispánico*, Chiclayo: edición del autor.
- Franco, R. (2016b). Prestigio, poder y nuevos escenarios ceremoniales Moche en el Complejo El Brujo, costa norte del Perú. Segunda parte, *Arkinka*, 250: 80-89.
- Franco, R. (2019). Sacrificios humanos en el mundo Moche: una nueva mirada a la iconografía y a los hallazgos arqueológicos. *Quingnam*, 5: 83-132,
- Fraresso, C. (2008). El “sistema técnico” de la metalurgia de transformación en la cultura Mochica: nuevas perspectivas. En *Arqueología Mochica: nuevos enfoques*, 153-171, editado por Luis Jaime Castillo, Hélène Bernier, Gregory Lockard y Julio Rucabado. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú y el Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Funari, P. P. y Zarankin, A. (eds.) (2006). *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina 1960-1980*. Córdoba: Encuentro.
- Gamboa, J. (2008). Plazas y cercaduras: Una aproximación a la arquitectura pública Moche IV y V en los valles de Moche y Santa. En *Arqueología mochica: Nuevos enfoques*, 203-217. Editado por Luis Jaime Castillo, Hélène Bernier, Gregory Lockard y Julio Rucabado, Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Gamboa, J. y Nesbitt, J. (2012). La ocupación Moche en la margen norte del valle bajo de Moche, Costa Norte del Perú, *Arqueología y Sociedad*, 25: 115-142.
- Gayoso, H. (2011). *Los artesanos de la ciudad de barro: La organización de la producción artesanal en la ciudad de las Huacas del Sol y de la Luna*. Tesis de doctorado. Programa de Maestría y Doctorado en Historia de América Latina. Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, España.
- Ghezzi, I. (2006). Religious warfare at Chankillo, En *Andean Archaeology III*, 67-84. Editado por Willian Isbell y Helaine Silverman. New York: Springer.
- Ghezzi, I. (2007). La naturaleza de la guerra prehispánica temprana. La perspectiva desde Chankillo. *Revista Andina*, 44: 199-226.
- Gierz, M. (2011). Los guardianes de la frontera sur: La presencia moche en Culebras y Huarmey. *Andes*, 8: 271-310.
- Giersz, M., y Prządka, P. (2009). Cronología cultural y patrones de asentamiento

- miento prehispánico en el valle del río Culebras, Costa Norcentral del Perú, *Arkeos, Revista Electrónica de Arqueología PUCP*, 4(11): 1-40. Disponible en https://www.academia.edu/5060987/Cronolog%C3%ADa_cultural_y_patrones_de_asentamiento_prehisp%C3%A1nico_en_el_valle_del_r%C3%ADo_Culebras_Costa_Norcentral_del_Per%C3%BA
- Gumerman, G. y Briceño, J. (2003). Santa Rosa-Quirihuac y Ciudad de Dios: Dos asentamientos rurales en la parte media del valle de Moche. En *Moche: Hacia el final del milenio*, Tomo I, 217-243. Editado por Santiago Uceda y Elías Mujica. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Keeley, L. H. (1996). *War Before Civilization*. New York: Oxford University Press.
- Klaren, P. (2003). *The Time of Troubles (1980-2000). Modern Violence and the Long Sweep of Peruvian History*. Londres: Institute for Latin American Studies (ILAS).
- Koons, M. (2014). Revised Moche chronology based on bayesian models of reliable radiocarbon dates. *Radiocarbon*, 56(3): 1039-1055.
- Hobbes, T. ([1651]2005). *Del Ciudadano y Leviatán*. Madrid: Tecnos.
- Hocquenghem, A. M. (1987). *Iconografía Mochica*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Católica del Perú.
- Lau, G. (2004). Object of contention: an examination of Recuay-Moche combat imagery, *Cambridge Archaeological Journal*, 14(2): 163-84.
- Lau, G. (2016). Culturas en contacto: la interacción entre Recuay y Moche en el norte del Perú. En *Moche y sus vecinos, Reconstruyendo identidades*, 56-67. Editado por Cecilia Pardo y Julio Rucajaco. Lima: Museo de Arte de Lima.
- Landa, C. y Hernández, O. (2014). *Sobre Campos de Batalla. Arqueología de Conflictos Bélicos en América Latina*. Buenos Aires: Aspha.
- López Mazz, J. y Berón, M. (eds.) (2014). *Indicadores Arqueológicos de Violencia, Guerra y Conflicto en Sudamérica*. Montevideo: Comisión Sectorial de Investigación Científica y Universidad de la República de Uruguay.
- Lull, V. (2005). Marx, producción, sociedad y arqueología. *Trabajos de Prehistoria*, 62(1): 7-26.
- Lull, V. y Micó, M. (2007). *Arqueología del Origen del Estado: Las Teorías*. Bellaterra, Barcelona.
- Lull, V., Micó, R., Rihuete, C. y Risch, R. (2006). La investigación de la violencia: una aproximación desde la arqueología. *Cypselá*, 16: 87-108.
- Lull, V., Micó, R., Rihuete, C. y Risch, R. (2015). Gewalt - Ein Beitrag zu deren Wahrnehmung und Bedingungen. En *Krieg - Aine Archäologische Spurensuche*, 33-38. Editado por Harald Meller y Michael Schefzik. Halle (Saale): Theiss.
- Lumbreras, L. (1981). *Los Orígenes de la Civilización en el Perú*. Lima: Milla Batres.
- Mayer, E. F. (1998). *Armas y Herramientas de Metal Prehispánicas en Perú*. Mainz: Verlag Phillip Von Zabern.
- Manrique, N. (2002). El Tiempo del Miedo: La Violencia Política en el Perú, 1980-1996. Lima: Fondo editorial del Congreso del Perú.

- Marx, K. ([1845]1975). Tesis sobre Feuerbach. En *Marx y Engels, Obras Escogidas*. Moscú: Progreso.
- Marx, K. ([1857-58]1971). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. ([1859]1970). *Contribución a la crítica de la economía política*. Madrid: Alberto Corazón Editor.
- Marx, K. y Engels, F. ([1846]1970). *La Ideología Alemana*. Barcelona: Pueblos Unidos-Grijalbo.
- Marx, K. y Hobsbawm, E. ([1964]1979). *Formas económicas precapitalistas*. Barcelona: Crítica.
- Mauss, M. ([1925]2010). *Ensayo sobre el don, forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Madrid: Katz.
- Millaire, J.-F. (2002). *Moche Burial Patterns: An Investigation into Prehispanic Social Structure*. Oxford: Archaeopress.
- Millaire, J.-F. y Morlion, M. (eds.) (2009). *Gallinazo: An Early Cultural Tradition on the Peruvian North Coast*. Los Angeles: Cotsen Institute of Archaeology Press.
- Mujica, E., Franco, R., Gálvez, C., Quilter, J., Murga, A., Gamarra, C., Ríos, H., Lozada, S., Verano, J. y Aveggio, M. (2007). *El Brujo. Centro ceremonial Moche en el valle de Chicama*. Lima: Fundación Wiese, ING Fondos y AFP Integra.
- Murra, J. (1972). El “control vertical” de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En *Visita a la provincia de León de Huánuco en 1562*. Editado por John Murra. Huánuco: Universidad Nacional Hermilio Valdizán.
- Murra, J. (1975). *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Nielsen, A. y Walker, W. (eds.) (2009). *Warfare in Cultural Context: Practice, Agency, and the Archaeology of Violence*. Tucson: University of Arizona Press.
- Polanyi, K. ([1944]1991). *La Gran Transformación*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Pozorski, S. (1979). Prehistoric diet and subsistence of the Moche Valley, Peru. *World Archaeology*, 11(2): 163-184.
- Pozorski, S. (1987). Theocracy vs. Militarism: The Significance of the Casma Valley in Understanding Early State Formation. En *The Origins and Development of the Andean State*, 15-30. Editado por Jonathan Haas, Shelia Pozorski y Thomas Pozorski. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pozorski, T. (1982). Early Social Stratification and Subsistence Systems: The Caballo Muerto Complex. En *Chan Chan: Andean Desert City*, editado por Michael Moseley y Kent Day. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Proulx, D. (1968). *An Archaeological Survey of the Nepeña Valley, Peru, Research Report 2*. Department of Anthropology, University of Massachusetts, Amherst.
- Quilter, J. (2002). Moche politics, religion, and warfare, *Journal of World Prehistory*, 16: 145–195.
- Quilter, J. (2010). Moche: Archaeology, ethnicity, identity. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 39(2): 225-241.
- Quilter, J. y Koons, M. (2012). The fall

- of the Moche: A critique of claims for South America's first state. *Latin American Antiquity*, 23(2): 127-143.
- Remy, M. I. (1991). Los discursos sobre la violencia en los Andes: algunas reflexiones a propósito del Chiaraje, En *Poder y Violencia en los Andes*, 265-271. Compilado por Henrique Urbano, editado por Mirko Lauer. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.
- Rosas, M. (2010). Nuevas perspectivas acerca del colapso Moche en el Bajo Jequetepeque. Resultados preliminares de la segunda campaña de investigación del proyecto arqueológico Cerro Chépén. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 36(2): 221-240.
- Rosas, M. (2017). La cultura mochica: Confrontando el modelo estatal con una perspectiva andina. En *Repensar el Antiguo Perú. Aportes Desde la Arqueología*, 191-236. Editado por Rafael Vega-Centeno. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto de Estudios Peruanos.
- Rostworowski M. (1983). *Estructuras andinas del poder. Ideología religiosa y política*, Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Rostworowski, M. (1999). *History of the Inca Realm*. Cambridge y New York: Cambridge University Press.
- Russell, G., Leonard, B. y Briceño, J. (1994). Cerro Mayal: Nuevos datos sobre la producción cerámica Moche en el valle Chicama. En *Moche Propuestas y Perspectivas: Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche*, 181-206. Editado por Santiago Uceda y Elías Mujica. Lima: Universidad Nacional de Trujillo, Instituto Francés de Estudios Andinos y Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales.
- San Francisco, A. Fuentes, M. y Sepúlveda, J. (2010). Hacia una arqueología del estadio Víctor Jara. Campo de detención y tortura masiva de la dictadura en Chile (1973-1974). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 4: 91-116.
- Shimada, I. (1994a). Los Modelos de Organización Sociopolítica de la Cultura Moche: Nuevos Datos y Perspectivas. En *Moche Propuestas y Perspectivas: Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche*, 359-387. Editado por Santiago Uceda y Elías Mujica. Lima: Universidad Nacional de Trujillo, Instituto Francés de Estudios Andinos y Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales.
- Shimada I. (1994b). *Pampa Grande and the Mochica Culture*. Austin: University of Texas Press.
- Shimada I. (2001). Late Moche urban craft production: A first approximation. En *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*, 177-205. Editado por Joanne Pillsbury. Washington, D.C.: National Gallery of Art.
- Shimada, I. (2010). Moche Sociopolitical Organization: Rethinking the Data, Approaches, and Models. En *New Perspectives on Moche Political Organization*, 70-82. Editado por Jeffrey Quilter y Luis Jaime Castillo. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collections.
- Shimada, I. y Maguiña, A. (1994). Nueva visión sobre la cultura Gallinazo y su relación con la cultura Moche. En *Moche: Propuestas y Perspectivas: Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche*, 31-58. Editado por Santiago Uceda y Elías Mujica. Lima: Universidad Nacional de Trujillo, Instituto Francés de Estudios Andinos y la Asoc-

- ciación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales.
- Shimada, I., Shinoda, K., Alva, W., Bourget, S. y Uceda, S. (2006). Estudios arqueogenéticos de las poblaciones prehispánicas mochica y Sicán: Resultados e implicancias. *Arqueología y Sociedad*, 17: 223-254.
- Solis, J. y Moriconi, M. (2014). *Atlas de la violencia en América Latina*. San Luis Potosí: Universidad Autónoma de San Luis Potosí.
- Stanish, C. (2001). The origin of state societies in South America. *Annual Review of Anthropology*, 30: 40–64.
- Strong, W. y Evans, C. (1952). *Cultural Stratigraphy in the Virú Valley, Northern Perú: The Formative and Florescent Epoch*. New York: Columbia University Press.
- Swenson, E. (2014). The materialities of place making in the ancient Andes: A critical appraisal of the ontological turn in archaeological interpretation. *Journal of Archaeological Method and Theory* 22(3): 677-712.
- Tantaleán, H. (2015). Hacia una arqueología dialéctica: una heurística y una explicación del fenómeno Moche. *Revista Chilena de Antropología*, 31: 63-78.
- Topic, J. y Topic, T. (1997). Hacia una comprensión conceptual de la guerra andina. En *Arqueología, Antropología e Historia en los Andes. Homenaje a María Rostworowski*, 567-590. Editado por Javier Flores y Rafael Varón. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Toyne, M., Verano, J., White, C. y Logstaffe, F. (2016). La vida de un guerrero: un análisis isotópico del sacrificio y la guerra Moche. En *Moche y sus vecinos, Reconstruyendo identidades*, 100-107. Editado por Cecilia Pardo y Julio Rucabado, Lima: Museo de Arte de Lima.
- Tufinio, M. (2000). Excavaciones en la plaza 3C. En *Informe técnico 1999, Proyecto Arqueológico Huaca de La Luna*, 65-83. Editado por Santiago Uceda y Ricardo Morales, Trujillo: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Trujillo.
- Tufinio, M. (2001). Excavaciones en la plaza 3C. En *Informe técnico 2000, Proyecto Arqueológico Huaca de La Luna*, 35-53. Editado por Santiago Uceda y Ricardo Morales, Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo.
- Tufinio, M. (2004). Excavaciones en la plaza 3C de la Huaca de la Luna (1998-1999). En *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1998-1999*, 99-117. Editado por Santiago Uceda y Elías Mujica. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo.
- Tufinio, M. (2006). Excavaciones en la Plaza 3C y sacrificios humanos en Huaca de la Luna. En *Proyecto Arqueológico Huaca del Sol y de la Luna. Investigaciones en la Huaca de la Luna 2000*, 47-63. Editado por Santiago Uceda, Elías Mujica y Ricardo Morales, Trujillo: Universidad Nacional de la Trujillo.
- Uceda, R. (2004). *Muerte en el Pentagonito. Los cementerios secretos del ejército peruano*. Bogotá: Planeta.
- Uceda, S. (2018). Huacas del Sol y de la Luna: Cien años después de los trabajos de Max Uhle. En *Proyecto Arqueológico Huaca de la Luna, Informe Técnico 2006*, 279-308. Editado por Santiago Uceda, Ricardo Morales y Santiago Rengifo. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo, Facultad de Ciencias Sociales, y Patronato Huacas del Valle de Moche.

- Uceda, S., Morales, R. y Mujica, E. (2016). *Huaca de la Luna, Templos y Dioses*. Lima: World Monuments Found, Backus & Johnston S.A.
- Vázquez, V. y Rosales, T. (1998). Zooarqueología de la zona urbana Moche. En *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1996*, 173-193. Editado por Santiago Uceda, Elías Mujica y Ricardo Morales. Trujillo: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Trujillo.
- Vega, M. C. (2016). *A History of Violence: 3000 Years of Interpersonal and Inter-group Conflicts from the Initial to the Early Colonial Periods in the Peruvian Central Coast. A Bioarchaeological Perspective*. Tesis doctoral, Department of Anthropology, The University of Western Ontario.
- Verano, J. (1986). A mass burial of mutilated individuals at Pacatnamú. En *The Pacatnamú papers*, 117-138. Editado por Christopher Donnan y Guillermo Cock. Los Angeles: Museum of Cultural History.
- Verano, J. (1997). Human Skeletal Remains from Tomb I, Sipán (Lambayeque River Valley, Peru); and Their Social Implications. *Antiquity*, 71(273): 670-682.
- Verano, J. (2001a). War and Death in the Moche World: Osteological Evidence and Visual Discourse. En *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*, 111-125. Editado por Joanne Pillsbury. Washington D.C.: National Gallery of Art.
- Verano, J. (2001b). The Physical Evidence of Human Sacrifice in Ancient Peru. En *Ritual Sacrifice in Ancient Peru*, 165-184. Editado por Elizabeth Benson y Anita Cook, Austin: University of Texas Press.
- Verano, J. (2014). Warfare and Captive Sacrifice in the Moche Culture. En *Embattled Bodies, Embattled Places: War in Pre-Columbian Mesoamerica and the Andes*, 283-309. Editado por Andrew Scherer y John Verano. Washington D.C.: Dumbarton Oaks
- Verano, J., Tufinio, M. y Lund, M. (2007). Esqueletos humanos de la Plaza 3C de Huaca de la Luna. En *Investigaciones en la Huaca de la Luna*, 225-254. Editado por Santiago Uceda, Elías Mujica y Ricardo Morales. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo.
- Verano, J. y Toyne, M. (2011). Estudio bioantropológico de los restos humanos del sector II, Punta Lobos, valle de Huarmey. *Andes*, 8: 449-474.
- Walker, P. (2001). A bioarchaeological perspective on the history of violence. *Annual Review of Anthropology*, 30: 573-596.
- Willey, G. (1953). *Prehistoric Settlement Patterns in the Virú Valley, Perú*. Washington D.C.: Smithsonian Institute.
- Wilson, D. (1987). Reconstructing Patterns of Early Warfare in the Lower Santa Valley: New data on the Role of Conflict in the Origins of Complex North-Coast Society. En *The Origins and Development of the Andean State*, 56-69. Editado por Jonathan Haas, Shelia Pozorski y Thomas Pozorski. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wilson, D. (1988). *Prehispanic Settlement Patterns in the Lower Santa Valley, Perú: A Regional Perspective on the Origins and Development of Complex North Coast Society*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.
- Wilson, D. (1995). Prehispanic Settlement Patterns in the Casma Valley, North Coast of Peru: Preliminary Results to Date. *Journal of the Steward Anthropological Society*, 23(1-2): 189-227.



Ceramio Chimú